



Vol. 7, No. 3, Spring 2010, 474-482

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta, 2009.

Primera historia de la clase media argentina

Ezequiel Sirlin

Universidad de Buenos Aires

1

Cuando todo indica que en 2011 la clase media argentina consumará su vuelco electoral a favor de esquemas políticos que ya la han desposeído, cobró vida el consuelo intelectual de llegar a comprender un poco más sus obstinaciones. Porque acaba de publicarse la primera historia exhaustiva de esta identificación social llamada “clase media”, compuesta por quienes sintieron pertenecer a ella e hicieron suyos el imaginario y las actitudes pequeño-elitistas propias de esa “clase”. Es que hasta el momento sólo el ensayo sociológico de tipo impresionista había puesto su mirada sobre ella. Curiosamente, en un

país que aprendió a jactarse de poseer la mayor clase media de Latinoamérica, ella no había sido objeto de las constantes perspectivas de investigación que fueron abordando a la clase obrera y a las burguesías dominantes y subdominantes.

El estudio de Ezequiel Adamovsky es todo un comienzo historiográfico en torno a un pilar de la autoimagen argentina tan mentado como poco indagado. La publicación tiene lugar en un momento muy propicio, en que la clase media es adulada y reprochada con ímpetu parejo, lo que tal vez genere lectores con expectativas contrastantes. Pero, ¿puede contribuir la historia de una clase tan volátil a comprender, por ejemplo, a quienes en 2007 y 2009 consagraron el triunfo de grandes propietarios de la Argentina menemista como Mauricio Macri o Francisco de Narváez? ¿Es factible razonar los vuelcos de opinión y los giros políticos de esta clase social, por momentos autodestructivos?

La investigación de Adamovsky abarca la parábola completa de la “clase media” en términos materiales, así como su desarrollo en tanto identidad social esbozada, primero, en la Argentina del Centenario, luego promovida con mayor insistencia entre 1919 y 1943 (casi siempre “desde arriba” y “desde afuera” de la propia clase) y, finalmente, asumida por los destinatarios de esa identidad, y ahora receptores de ella, es decir, por buena parte de los estratos medios y sus alrededores que accederían a reconocerse plenamente como de “clase media”, en particular cuando sintieron a sus espaldas el rumor de las masas peronistas.

A lo largo de este proceso formativo recayeron sobre el proyecto de una “clase media” expectativas tan disímiles como las que supieron imaginar el catolicismo y el liberalismo conservador, el socialismo reformista o el discurso publicitario. Perón mismo se dirigió a ella desde el comienzo como ningún gobernante lo había hecho antes, instándola a formar “asambleas de clase media”. Pero, avanzada la división del país durante el peronismo, dos valoraciones opuestas, aunque ambas un tanto funcionalistas, serían atribuidas a ese mismo sector social. En efecto, la clase media sería para unos la reserva ética incorruptible del país honrado, inmune a las tentaciones populistas, mientras que para otros constituía el coro tonto de las clases dominantes, prisionera de un deseo mimético inalcanzable que la terminaba sometiendo. Adamovsky

rastrea el amplio abanico de miradas y anhelos proyectados sobre la clase media. Así, indaga géneros testigos como la narrativa, la representación teatral, la historieta y el completo mundo audiovisual, y estudia piezas olvidadas del cine y del teatro independientes, una de las cuales incluye una especie de manifiesto para dar a conocer su meta: despabilar a la clase media maniatada por la sociedad de consumo que la sume en una carrera hacia ninguna parte. Los saberes críticos de los años sesenta verían a los contingentes medios como los más susceptibles de terminar envueltos en las alienaciones y fetichismos del consumo, la distracción y el trabajo. En contraste, la radio, el cine comercial y la televisión solieron sintonizar con la clase media en una adulación recíproca propia de manual publicitario, cuyo estilo típico y apoteósico fue la serie de TV titulada la “Familia Falcón”, exhibida entre 1962 y 1969 (el cénit de la parábola material).

Lo que vendría después se halla más fresco en la memoria colectiva. El Rodrigazo marcaría el comienzo de un descenso material en términos absolutos para estas clases, pero también en términos relativos si se lo compara con la acaparación de las burguesías dominantes, incluso durante los desmoronamientos pronunciados como el de 1981. Entre las plazas llenas por las movilizaciones que organizó la última dictadura y la euforia de 1983, un poco motivadas por la propia conciencia sucia, se produciría uno de los giros más abruptos del humor político de la “clase media”. Pero esta mutación no traería aparejada una identificación con la carga heroica necesaria para que la clase media ocupara un papel digno en la recuperación democrática; el alfonsinismo, entonces, no apelaría a ella como “clase media”. La interpelación al “pueblo de la nación” sería más conveniente, al menos hasta que la cuesta abajo, acelerada por la espiral inflacionaria, disipase el imperativo democrático de 1983. La argentina menemista y neoliberal sabría seducir y abandonar a la “clase media” casi sin nombrarla. La deprivación material del conjunto de las clases subalternas incluidos los sectores medios iba a ser muy sustancial, aunque el despojo lograría ocultarse en el mérito de haber controlado la hiperinflación, en la fiesta consumista de dólar barato y fijo, y en la capacidad de diferir en el tiempo la implosión a través del endeudamiento y la venta de activos estatales.

Pero, sobre el final del menemismo la cuesta abajo de la clase media se volvería evidente y sería tematizada con los remanidos argumentos del “fracaso argentino” atribuible a la corrupción política. El lamento por “el fin de la clase media” se transformó en un lugar común, sin que ello generase movimientos de protesta organizada a título de “clase media”. Por el contrario, la consumación de la decadencia ocurrida tras los sucesos de fines de 2001 daría lugar a una puesta en movimiento de esa clase a partir de reclamos tan poco altaneros que en los picos de emoción y trascendencia histórica sobrevenidos muy pronto, buena parte de ella volvería a disolverse en la identidad de “pueblo”. Se trató de un fugaz momento de intensidad identitaria diferente de los anteriores; una ocasión elegíaca para una clase que, ante todo, se preguntaba cuándo tocaría su fondo histórico. Se lo venía preguntado cuando en diciembre de 2001 irrumpió la primavera popular, dentro de cuyo ambiente la identificación de “clase media” ya no era adecuada para conmover al resto de las clases subalternas.

2

La gran parábola material de la clase media con sus consecuentes vaivenes identitarios son reconstruidos por Adamovsky en relación con las transformaciones históricas mayores, sin que la mirada diacrónica impida observaciones microscópicas sobre la gestación y desarrollo de la subjetividad de clase. Esta primera historia de la clase media comienza por sumergirse en un proceso formativo cuyos tiempos de maduración y agentes promotores no coinciden enteramente con las impresiones más difundidas hasta el momento entre los historiadores. Adamovsky descubre un afianzamiento identitario más tardío y errático del que se solía suponer y lo caracteriza como movido por una variedad de factores y algunas paradojas reveladoras, como el hecho de que el primer líder de la democracia de masas que logró canalizar electoralmente a las capas medias no lo hizo apelando a la identidad de “clase”, sino a la de colectivos abstractos más plebeyos y menos clasistas, muy próximos a la noción de “pueblo”. Aquí, y en la renuencia de los reformistas del 1918 a asumir el perfil de “clase media”, el autor observa un reflejo aparentemente paradójico que conservará esta identificación cuando se encuentre ya establecida: cierta conciencia de

su elitismo que la vuelve poco proclive a proyectar, llegado el momento, las reivindicaciones sectoriales sobre la sensibilidad de las clases subalternas y de la nación entera.

Esta es la razón por la cual en Argentina, a diferencia de Francia, el asociacionismo del pequeño comercio y de los pequeños productores rara vez elegirá hacer de la “clase media” una carta de presentación. El reparo hacia la evocación clasista de la identidad, tan poco favorable para ciertos momentos reivindicativos, se relaciona con el hecho de que la filiación social de “clase media” no surgió transgresoramente “desde abajo”, como sucedió en Francia, sino que más bien fue el resultado de un dilatado proceso de recategorización social “desde arriba”. Entre 1860 y 1930, y como efecto de este proceso, se aspiraría a reemplazar el esquema binario que enfrentaba a la llamada “gente decente” con la “plebe”, por un sistema tripartito. Esta transformación no fue nada sencilla dada lo arraigada que estaba la clasificación anterior en el imaginario social, al punto que lúcidos ensayistas de la sociedad como Sarmiento y Martínez Estrada no atinarían a alterarla.

“Clase media” sería por largo tiempo una invitación a identificarse como tal, el proyecto de un manual de civismo y buenas costumbres, una categoría aún no asumida por quienes incluso cumplían los requisitos para ingresar en ella. Pero la pertenencia ofrecida iría mostrando de a poco sus atractivos ante quienes quisieran ascender al escalón social superior, por módica que fuera la diferencia con el que ocupaban. En momentos intensos y contrarrevolucionarios como aquél que tuvo lugar en el paranoico 1919, la misión histórica atribuida a la clase media desde las alturas sería enseñada de manera casi escolar, con una modulación didáctica y moralista, al estilo de un catecismo cívico. El potencial conservador o contrainsurgente que desde fines del siglo XIX venían mostrando en Europa los pequeños hombres de clase media, fue interpretado claramente por Manuel Carlés, el fundador de la Liga Patriótica Argentina.

Tal como lo describe Adamovsky, el propósito de una identidad dignificante, restrictiva y sedativa para las pulsiones rebeldes de un estamento al fin de cuentas subalterno, deja ver la audacia de los dispositivos dominantes empleados para componer una representación de la estructura social que incluyera un “emblanquecimiento” de la autoimagen de Argentina en desmedro del país indio y criollo.

Semejante distorsión de un perfil lleva a la pregunta elemental de cómo puede un discurso condenar a la insignificancia a una mayoría social a través de la descripción sesgada. ¿Cómo logra imponerse una adulteración semejante en el imaginario letrado y no tan letrado? ¿Fue suficiente el pase magistral de esconder “la jerarquía racial” bajo un envoltorio tan inclusivo y aperturista como el mito del “Crisol de Razas” del Centenario? Adamovsky explora la cocina retórica de un Estado y de sus narrativas de elite capaces de esconder el racismo nada menos que en una celebración multirracial como la de 1910. El festejo por la recepción armoniosa de las nacionalidades europeas en nuestro país ocupó un lugar dominante en el Centenario al punto de establecer una estadística mitológica que, al tiempo que magnificaba la ascendencia europea, identificaba a la clase media con el “ser nacional” blanco, europeo e inmigrante. Los aparatos de Estado no estarían solos en el despliegue de este esquema tripartito gracias al cual los estratos medios sumarían jerarquía mientras la gran propiedad ganaba el apoyo de la pequeña. Contaron con la intervención de voces públicas en parte alejadas del sistema de poder pero, más determinante aún, coincidieron con una serie de procesos materiales que en silencio iban creando y, finalmente, estratificando las distinciones sociales.

Una segunda fase que delimita Adamovsky sigue siendo formativa. Está determinada por las transformaciones que entre 1930 y 1943 alterarían la geografía social de Argentina. Las migraciones internas del campo pobre a las ciudades y conurbaciones duplicarían el número de integrantes de la clase obrera en 15 años, agrandando las urbes y, con ello también, los canales de ascenso social. Afianzados materialmente, los sectores medios serían tentados con más insistencia por las “operaciones de clasificación” social. La ansiedad de diferenciación era mayor, y el esquema tripartito contaba con nuevos promotores ideológicamente francos al momento de revelar cuál era el mayor beneficio de parcelar a la sociedad en tres: moderar el antagonismo al que incitaba la representación binaria. Pero, para Adamovsky, la grandilocuencia del Estado y los ensayistas constituía apenas la parte visible del dispositivo reclasificador. En éste operaban ciertos procesos sociales menos deliberados que, actuando como si fueran estrategias de hecho, estrategias sin estrategias, modelaban los perfiles y los roles. El mercado laboral e inmobiliario, el proceso

tecnológico taylorista, la publicidad animadora de nuevos estilos de vida, proponían una variedad de tipos sociales preformativos de la identidad de clase media: la mujer moderna, el ciudadano correcto, el profesional universitario, el pequeño comercio, los docentes y empleados públicos. Todos ellos eran personajes sociales atractivos de encarnar debido al prestigio que proyectaba su “buena presencia”. Más adelante, la propia sociología científica sumaría valoraciones descriptivas y conceptuosas a favor de la clase media, de su modernidad y preponderancia en la sociedad argentina. Se reforzaría así el mito estadístico y simbólico que no por contar ahora con el aval de la sociología empírica de Gino Germani sería menos fantasioso.

3

Pero ni siquiera esta confluencia de relatos y procesos materiales habría sido suficiente, según Adamovsky, para lograr que la nueva categoría social fuera ocupada por quienes cumplieran los requisitos descriptivos. El verdadero afianzamiento de la identidad prefijada sólo tendría lugar cuando los potenciales ocupantes se sintieran amenazados “desde abajo” por los trabajadores que el peronismo enaltecía (tanto como ellos enaltecían al peronismo). Recién entonces la invitación a ser de clase media (extendida “desde arriba”) sería masivamente aceptada por quienes priorizaron mantener la brecha material y simbólica que los separaba de los insolentados por Perón. Como nunca antes la clase media compartiría ahora un proceso anímico con la suficiente intensidad como para que sus inquietudes se fundieran en una verdadera estructura de interpretación social, un “nosotros” que en 1955 se uniría al de las clases poseedoras para extirpar de la clase obrera lo que el narrador de una novela de César Aira describió como el “sueño vergonzante de haber querido ser clase media, sueño que a partir del despertar se revelaba tan impúdico como una fantasía sexual”.

Durante el período de proscripción del peronismo, los gobiernos dictatoriales o semidemocráticos buscarían el apoyo de un “pueblo” de clase media para oponerle al otro “pueblo”, plebeyo y despreciable, lo que sumaba una nueva razón para magnificar los números del justo medio social. La sociometría de Germani favoreció esta ampliación imaginaria, pero también lo hicieron buena parte de los sectores subalternos como lo muestran distintos indicadores de autopercepción

de los años '60. He aquí otra tendencia que se prolongará en el tiempo. A lo largo del trabajo Adamovsky recupera una serie de encuestas que evidencian la preferencia a concebirse “clase media” por parte de quienes, según parámetros objetivos, estarían más adecuadamente ubicados en categorías más humildes. Una de estas encuestas realizada en 2005 arrojaba que un 55% de los entrevistados en Capital y Gran Buenos Aires se concebía “de clase media”, cuando sólo un 20% de total cumplía los criterios objetivos de pertenencia.

La predilección por presentarse integrando la clase media es para el autor parte de una “aparente paradoja” que atraviesa la historia de la identificación. Concebirse “clase media” no implica que las reivindicaciones políticas o sectoriales serán peticionadas a título de tal, ni que quienes mayores interpelaciones lancen en términos de clase media terminen siendo los más empáticos a su conservadurismo. Ni tampoco que quienes en efecto empatizan con su conservadurismo sean quienes más la favorezcan una vez en el poder. De hecho, los presidentes que más interpelaron a la clase media y que incluso más la favorecieron, no fueron precisamente los más queridos por quienes en ese momento llevaban la bandera de la identidad: Perón, Frondizi, Duhalde y Néstor Kirchner. Este último no abordó a la clase media desde la atribución de una misión contrainsurgente o conservadora, sino más bien en nombre de un regreso al movimiento social ascendente que incluyera a la clase trabajadora y a los desocupados. En parte por esto la simpatía no llegaría a establecerse: como el esquema en algo afectaba al pequeño elitismo de la clase, Kirchner se transformaría en el presidente tal vez más odiado por la clase media conservadora después de Perón.

Los reflejos identitarios que el libro permite colegir plantean una encerrona a la dinámica política de Argentina. En momentos reivindicativos, cuando el objetivo dominante de quienes prefieren ser reconocidos de “clase media” consiste en precaverse del modelo acaparador de las clases poseedoras, la “clase media” preferirá asumir el papel “pueblo”, al menos públicamente, como durante el Grito de Alcorta, la Reforma de 1918, los años de Yrigoyen, y los puntos de inflexión que tuvieron lugar en 1983 y 2001. Mientras que, cuando la mediana propiedad priorice sus objetivos defensivos en vista del peligro que imagina venir de las “clases bajas” y la “intromisión estatal”

preferirá llamarse otra vez “clase media”, tal como sucedió en 1955, 1976 y 2008. Respecto a este último mojón, Adamovsky encuentra entre los representados por la Federación Agraria la mutación más llamativa hacia la variante pequeño elitista de la identidad. La recurrencia a este “nosotros” menos plebeyo puede involucrar diferentes términos o etiquetas, como “los gringos”, tal como se autodenominaba la clase media rural durante el conflicto por las retenciones, o “los que vamos todos los días a trabajar”; una caracterización mediante la cual la clase media urbana se victimiza en alusión a los piqueteros y beneficiarios de planes sociales de la Argentina K. Más allá del apelativo, lo curioso es la prioridad que sigue adquiriendo la defensa de la pequeña o no tan pequeña diferencia elitista a costa incluso de los intereses objetivos de buena parte de la “clase media”. Un reflejo tal vez innato o aprendido, pero siempre proveniente de lo más hondo de sus fibras sensibles identitarias, tan activadas rumbo a 2011 en un vuelco a favor de esquemas de poder que ya la han desposeído.

Entre las muchas apelaciones paternalistas a esta identidad que Adamovsky rastrea, Monseñor Gustavo Franceschi, declaró en 1946: “Hay que salvar a la clase media; de lo contrario ella, al perderse, nos perderá (...)”. Su alarmado programa sigue estando a la altura de los tiempos que corren.